

TRADUCCIÓN Y CARACTERIZACIÓN LINGÜÍSTICA: LA PROSA ANGLOSAJONA

Paloma Tejada

Universidad Complutense de Madrid

Abstract

This article considers some possible influence of translation on the frequent and biased characterization of Old English as a 'primitive language', as a language at a 'primary stage of development', 'formally simpler' than others. Some common and traditional errors of translation turn out to be relevant to the case, as for example, the attention paid almost exclusively to lexicographic problems, as opposed to those of syntax, both in theory and in practice. The often useful and often mistakenly applied concepts of 'version', 'modern interpretation', etc. of old texts operate as a second factor, this one imposing the thought that two stages of the same language must obligatorily constitute two close systems. A third aspect considered is the underlying, permanent and clearly unfair comparison established between old languages and modern ones. And the list, obviously is not complete.

"El problema de fondo es saber por qué las traducciones de las grandes obras medievales no permiten al lector hacerse una idea de que se trata de obras maestras". (REGALES, 1987:237)

En la literatura referente al inglés antiguo no es difícil encontrar valoraciones sobre el carácter más o menos primitivo de la prosa anglosajona. Se alude, por ejemplo, a "un discurso poco disciplinado", asombrosamente lleno de "repeticiones desesperantes", compuesto por oraciones "inmaduras y casi infantiles", que "al estar peor equipado" y "carente de subordinación superficial" provoca dificultades en la intercomprensión. Asimismo se habla del anglosajón como lengua en estado incipiente de evolución que habrá de moverse a partir de esta fase "simple e indiferenciada" hacia otra u otras más complejas y, se deduce, mejores (de manera parecida a lo que a veces se ha propugnado también para la literatura, v. NOTH, 1983: 119). No faltan tampoco —en esta somera relación de comentarios poco afortunados— quienes han divulgado la idea de que las lenguas antiguas —y el anglosajón, por tanto— presentan una característica "simplicidad formal" debido a su restringida funcionalidad, algo similar a lo que ocurriría con las lenguas pidgin.

Evidentemente, y desde un punto de vista teórico, nadie dudaría en condenar tales afirmaciones hoy en día, cuando, al menos en sectores muy amplios, el debate sobre el carácter primitivo o avanzado de las lenguas y sobre las valoraciones morales a que éstas incluso se han visto sometidas, parece haberse descartado del estudio (lingüístico) científico. Sin embargo, en planos más concretos y en círculos quizá menos “lingüísticos”, aún se mantiene en relación al inglés antiguo una cierta impresión de “primitivismo”.

Lo que se pretende revisar en estas líneas es la influencia que pueden haber tenido las traducciones sobre tal valoración lingüística o sobre la imagen que nos hemos formado de las lenguas medievales, en concreto del inglés antiguo.

Partiendo siempre de la “traducibilidad” de todo texto y descartando con ello otros debates posibles, podemos decir que la traducción en general nace de un desajuste cultural y lingüístico, bien sea éste sincrónico o diacrónico. Cuando se trata de un desajuste diacrónico, como es el que nos interesa, surgen varios problemas:

- a) en primer lugar, el concepto de traducción se mezcla, y a veces llega a identificarse, con los de “versión”, “interpretación” o “modernización”, todas ellas variantes suavizadas de la traducción y conceptos que en ocasiones justifican veladamente ciertos errores. No hay que olvidar que dichas variantes presentan distinto grado de aplicabilidad, según la lengua de que se trate. De “modernización” podrá hablarse únicamente cuando los dos estadios de lengua en juego constituyan además lenguas próximas (islandés medieval y actual), pero nunca, por ejemplo, en el caso del inglés antiguo. Éste exigirá siempre una traducción en toda regla, incluso al inglés moderno, ya que ambos sistemas se encuentran muy alejados uno de otro, no sólo en lo que al léxico se refiere, sino estructuralmente.
- b) En segundo lugar, la atención que siempre suele recaer con más fuerza sobre cuestiones lexicográficas, en los casos de desajuste diacrónico, queda casi exclusivamente reducida a éstas. Estructuras y elementos superficialmente similares de uno y otro período se consideran equivalentes, lo cual abunda en el error mencionado más arriba, es decir, suponer que dos fases de una misma lengua constituyen necesariamente sistemas lingüísticos próximos entre sí.
- c) Por último, a lo recogido en el apartado anterior ha contribuido el escaso conocimiento existente sobre lo que podríamos llamar “comportamiento sintáctico” de las lenguas antiguas. El esfuerzo y la atención de los lingüistas se han concentrado en otras áreas hasta hace relativamente pocos años.

Es precisamente éste, el terreno sintáctico, el que va a guiar el hilo de las líneas que siguen, ya que la caracterización del anglosajón como “lengua primitiva” puede deberse, creo, a malas interpretaciones en este campo.

Aunque los teóricos de la traducción hablan sin excepción de la necesidad de “traducir la sintaxis”, no es menos cierto que, como dice LORENZO (1987a: 12),

ésta “está poco reglamentada” y que los errores sintácticos “no provocan los mismos juicios condenatorios que las infracciones cometidas en el terreno léxico o morfológico”. Formando parte de la misma realidad, encontramos el reconocimiento por parte de quienes han estudiado estos temas de que la instancia semántica ha sido siempre la más importante y respetada por los traductores. Muchos admiten que se ha privilegiado “el plano de significado” frente al del “significante”, y en algunos casos se considera digna de mención —esporádica, eso sí— la labor del traductor que “se ha esforzado no sólo por dar una información semántica, sino también sintáctica” (E. D. MAISON, 1987: 52). Sin embargo, creo que este desinterés que por el nivel sintáctico reflejan gran número de traducciones viene promovido en parte precisamente por la rigidez con la que durante largo tiempo se ha tomado la oposición “significado-significante”. La “información” o el “contenido” del mensaje se recogía en el léxico que, para producir la significación, se veía canalizado en la estructura o sintaxis. Con todo, principalmente a partir de la investigación textual, se ha demostrado que no es fácil separar sintaxis de semántica, o contenido de estructura. Con ello, la posibilidad —contemplada por algunos— de traducir *también* elementos del significante desaparece para convertirse en una necesidad.

Dentro del ámbito de la teoría de la traducción, los autores que tratan el tema con algún detenimiento suelen coincidir en que la información gramatical es “menos precisa”, “más general” y que, a veces, se puede eludir con mayor facilidad que la léxica. En dicha información cabrían “la actitud del hablante”, “el tono” y “el sabor del texto” (NEWMARK, 1981: 18 y 26), cuestiones que así presentadas pueden parecer, sin duda, secundarias a la hora de acometer o de juzgar la mayoría de las traducciones.

No es éste el momento de discutir si la información que proporciona la sintaxis se reduce a esto o no. Quizá no pudiéramos salir siquiera de la controversia, planteada en términos tan imprecisos. En este sentido, parece lo más recomendable considerar el tema desde una perspectiva más amplia, en la que probablemente el propio concepto de sintaxis se viera modificado. Para el propósito que nos ocupa, ampliar la perspectiva adoptada equivale a llevar hasta sus últimas consecuencias la creencia general de que todas las lenguas presentan idénticas o similares funciones que, a su vez, encuentran expresión a través de diversos mecanismos o recursos, ya sean éstos sintácticos, semánticos o, en algunos casos, sintáctico-semánticos. Ello nos lleva a establecer una tipología según la cual las lenguas podrían dividirse en dos grupos: a) lenguas de orientación semántica (*semantic-oriented languages*) y b) lenguas de orientación sintáctica (*syntactic-oriented languages*), entendiéndose esto como los dos polos de un continuo a lo largo del cual se localizarían los sistemas lingüísticos reales. Dicha diferenciación, propuesta desde planteamientos textuales, pragmáticos y funcionales de la Lingüística, implica conocer cómo funciona una lengua globalmente, cómo se produce el texto o el discurso en una lengua determinada, considerada ésta como sistema autónomo y autosuficiente. Por poner un ejemplo concreto. No interesa tanto conocer si en una lengua existe la pasiva, o si ésta se expresa por medio de una flexión particular,

o de un sufijo determinado, sino qué función desempeña y qué distribución presenta la pasiva frente al resto de recursos (interdependientes) existentes; es decir, frente al orden de palabras, a la distribución de casos nominales (según los casos de la estructura profunda), a los desplazamientos a izquierda o derecha (*left/right dislocation*), a la presencia o ausencia de deícticos anafórico-catafóricos, etc.

La división entre lenguas de orientación semántica y lenguas de orientación sintáctica resulta fundamental para nuestros fines, no sólo porque explica en gran medida la manifestación última y superficial de cada sistema lingüístico —tema central de toda traducción—, sino porque se ha demostrado que, al menos en las lenguas occidentales y hasta nuestros días, la evolución diacrónica se corresponde con una progresiva sintactización. Ambas razones dan cuenta de que en muchas ocasiones y necesariamente las lenguas presentan recursos *formalmente* coincidentes, pero cuya distribución y función habrá que determinar en cada caso.

Centrándonos algo más en las características de los dos grupos de lenguas mencionados, conviene destacar que las lenguas de orientación semántica presentan una mayor transparencia entre la estructura profunda y la estructura superficial. Es decir, reflejan en la estructura superficial la organización pragmática y semántica del discurso con mayor fidelidad. De ahí que en ellas resulten “importantes” y, por tanto, se pongan de manifiesto cosas como el grado de continuidad de los temas textuales y secuenciales; la conexión de un elemento con fragmentos o elementos del discurso anteriores o posteriores (lo cual se plasma en una continua referencia intratextual); la ordenación de elementos según su mayor o menor informatividad, etc. En las lenguas de orientación sintáctica, por el contrario, el “desarrollo” del discurso aparece codificado de manera automática. La realidad lingüística se ve sometida así a diversas segmentaciones y categorizaciones, que provocan un natural distanciamiento entre estructura profunda y estructura superficial.

Existe aún otra diferencia fundamental entre las lenguas de orientación semántica y las de orientación sintáctica que incide necesariamente en el proceso de traducción de una a otra. Las primeras han recibido en ocasiones la denominación de “lenguas de orientación textual” (*text-oriented languages*), y esto es debido a que en ellas se manifiesta de manera más evidente dicha organización. Resulta difícil, pues, trabajar con oraciones independientes, establecerlas siquiera. La unidad fundamental de análisis es el texto o, si acaso, la secuencia. En las lenguas de orientación sintáctica, sin embargo, la oración se concibe como unidad básica, independientemente de que los factores textuales sean esenciales para el análisis final. El mensaje queda codificado en oraciones y todos los elementos responden a la existencia de tal unidad. A la hora de traducir, como señala NEWMARK (1981), se suele tomar la oración como unidad principal con significado propio y suficiente. Si esto constituye ya un problema en el caso de lenguas plenamente sintactizadas, tanto más cuando una de las dos, la original, no lo es. No sólo porque los límites entre oraciones estén difusos, sino porque los elementos incluidos en una sección tal mantienen una relación de interdependencia evidente con secciones

anteriores y posteriores que determinan su función y que habría que tener en cuenta.

Si repasamos por qué se atribuye al inglés antiguo el carácter de “lengua primitiva” en estado de incipiente desarrollo, vemos que los comentarios hacen referencia a la inexistencia de relaciones de subordinación explícitas; a la presencia de largas secciones discursivas compuestas por oraciones vagamente relacionadas; al exceso de elementos correferenciales; a la abundancia de deícticos; a la arbitrariedad e inconsistencia que regula el orden de palabras; a las repeticiones innecesarias, etc.

No hace falta explicar que todo esto es cierto, salvo que lo arbitrario y lo innecesario sólo lo es aparentemente y desde nuestra perspectiva. El anglosajón constituye claramente una lengua de orientación semántica y textual y, como tal, proporciona información pragmático-comunicativa de manera explícita. Todo ello desaparece prácticamente en inglés moderno, lengua sintáctica por excelencia, en todos los órdenes.

Para traducir al inglés moderno un texto de prosa anglosajona habrá, pues, que cambiar de un sistema de expresión a otro, globalmente, del semántico al sintáctico. Traducir consistirá, utilizando una definición de CATFORD (1970: 39), en sustituir “*material textual* de una lengua por material textual *equivalente* en otra”. Es cierto que en el proceso de sintactización se gana en ciertos aspectos —como rapidez de transmisión, por ejemplo— y se pierde en otros, fundamentalmente en la expresión de funciones pragmáticas; pero en todo acto de traducción se acepta la posibilidad de perder o añadir significado cuando el contenido de un elemento no encuentra correspondencia exacta en ambas lenguas implicadas. De igual manera habría que entender el paso de un sistema a otro en lo que a contenido sintáctico se refiere: adición en unos casos, pérdida en otros, sustitución equivalente en unos terceros. Sin embargo, en muchas traducciones de prosa anglosajona, sobre todo en aquéllas que pretenden “ser más fieles” al texto original —lo cual es, por ello, más grave— no se realiza esta sustitución global de un sistema a otro. Con frecuencia los trabajos permiten observar cómo se mantienen únicamente ciertos rasgos superficiales —formalmente similares a otros existentes en la actualidad— (deixis, orden de palabras); o cómo ciertos recursos puntuales de un sistema semántico-pragmático, tomados individualmente se superponen al sistema sintáctico del inglés moderno, donde resultan innecesarios y al que le son ajenos (correlaciones); o incluso cómo se fuerza el orden de palabras para reproducir de manera inapropiada, según la preferencia estilística del traductor, la ordenación anglosajona, cuando la opción en inglés antiguo es una opción restringida y sometida a múltiples condicionamientos, por lo demás, desconsiderados. En este sentido y para terminar nuestra relación, las traducciones omiten a veces contenidos que en la lengua original encuentran expresión en la estructura y que hoy exigirían probablemente la inclusión de elementos léxicos (artículos, uso de deícticos distintos: “el propio...”, “en persona”, etc.). De ahí, evidentemente, la impresión de primitivismo y pesadez que produce la prosa anglosajona; el inglés antiguo “tiene que” sonar “raro”.

Todo lo anterior viene a demostrar no sólo que la fidelidad al texto original se entiende a veces de manera errónea, sino, sobre todo, que existe un notable desconocimiento en lo que se refiere a estructura o comportamiento lingüístico anglosajón. Al tiempo parece olvidarse el hecho de que el lector actual recibe las traducciones de los textos antiguos —a los que no puede acceder sin un estudio previo considerable— como fragmentos de inglés moderno. La labor interpretativa corresponde al traductor, y de la lectura que éste haga de la sintaxis depende la valoración que el lector contemporáneo realice de las obras medievales. Por eso, en muchos casos, éstas nunca podrán dar la impresión de “obras maestras”, con lo que volvemos a la cita inicial de este trabajo.

Si a este asunto, complejo ya de por sí, le añadimos:

- a) el progresivo distanciamiento que se ha producido entre las variantes oral y escrita de una lengua a lo largo de su historia; es decir, el grado de formalidad que se le exige hoy a un texto es más alto, algo que coincide, al menos parcialmente, con el desprestigio a que se ha visto sometida la lengua oral durante años;
- b) la no universalidad de los principios pragmáticos que intervienen en un acto de comunicación y que, por tanto, habrá que adaptar también;
- c) el carácter probablemente más difuso que presentaba el concepto de dialecto o variedad funcional en períodos más antiguos de la lengua; y
- d) la consideración del inglés moderno como lengua modelo por excelencia, desde cuya perspectiva se analizan, y quizá se juzgan, las demás (algo similar a lo que en su momento ocurrió con las lenguas clásicas),

no es extraño que lo que a veces se ofrece como inglés antiguo reciba valoraciones negativas y llenas de reservas.

Para terminar, tomando como base la cita que CAÑIGRAL (1987: 218) hace de Mayans:

“Lo cierto es que las buenas traducciones facilitan maravillosamente el conocimiento de las lenguas, porque enseñan las correspondencia de los especiales y propios modos de hablar que tienen ellas...”

cabría preguntarse si se ha facilitado el conocimiento del inglés antiguo a través de la traducción. Después de lo dicho, esto no es sino una pregunta retórica, evidentemente.

BIBLIOGRAFÍA

- AITCHINSON, Jean (1981), *Language Change: Progress or Decay?*, London, Fontana.
 BERNARDEZ, E. (1987), “El ‘Handlyng Synne’ en islandés antiguo: sobre la traducción en islandés medieval”, en SANTOYO, J. C. et al. (eds.).

- BRAVO, A. (1987), "Origen y desarrollo de la traducción en Inglaterra (ss. VII-IX)", en SANTOYO, J. C. et al. (eds.).
- CAÑIGRAL, L. (1987), "Pedro Simón Abril, teórico de la traducción", en SANTOYO, J. C. et al. (eds.).
- CATFORD, J. C. (1970), *Una teoría lingüística de la traducción*, Universidad Central de Venezuela.
- DAVENPORT et al. (eds.) (1983), *Current Topics in English Historical Linguistics*, Odense University Press.
- DUFF, A. (1981),
- HARLEMANN STEWART, A. (1983), "The Diachronic Study of Communicative Competence", en DAVENPORT et al. (eds.).
- LILIUS, P. y SAARI, M. (eds.) (1987), *The Nordic Languages and Modern Linguistics* Helsinki, Helsinki U.P.
- LORENZO, E. (1987a), "Sobre las malas traducciones", en *Actas de las I Jornadas de Traducción*, Facultad de Letras, Univ. Castilla-La Mancha.
- (1987b), "La voz pasiva en la traducción", en *Problemas de traducción: mesa redonda*, Fundación Alfonso X el Sabio.
- MAISON, E. D. (1983), *Estudios sobre la traducción*, Madrid, Eds. LAR.
- (1987), "Traducción en textos no modernos: posibilidades operativas", en SANTOYO, J. C. et al. (eds.).
- MITCHELL, B. (1985), *Old English Syntax*, O.U.P. (2 vols.)
- MITHUN, M. (1980), "A Functional Approach to Syntactic Reconstruction", en TRAUTOGOT et al. (eds.).
- MOUNIN, G. (1971), *Problemas teóricos de la traducción*, Madrid, Gredos.
- NEWMARK, P. (1981), *Approaches to Translation*, Oxford, Pergamon Press.
- NOTH, W. (1983), "Systems of Theoretical Principles of the Evolution of the English Language and Literature", en DAVENPORT et al. (eds.).
- REGALES, A. (1987), "La traducción de textos medievales: cuestiones generales. Ejemplificación en el caso específico de la traducción de textos alemanes", en SANTOYO, J. C. et al. (eds.).
- SANTOYO, J. C. et al. (eds.) (1987), *Fidus Interpres, Actas de las I Jornadas Nacionales de la historia de la traducción*, vol. I, León, Univ. de León.
- TABAKOWSKA, E. y OZGA, J. (1987), "The Pragmatic Principle of Topic Fronting and Syntacticization to Relative Fronting", en LILIUS y SAARI, (eds.).
- TEJADA, P. (1988), *Tematización y rematización en inglés antiguo*, Madrid, Ed. de la Universidad Complutense.
- TRAUGOTT, E. et al. (eds.), (1980), *Papers from the 4th International Conference on Historical Linguistics*, Amsterdam, John Benjamin.